

al Universo. La idea es en el espíritu como el oxígeno es en el Cosmos, la universalidad de las cosas. No habría sin oxígeno luz, ni habría sin luz calor, ni habría sin calor vida; como no habría sin ideas vida social humana. El Renacimiento es la revolución moderna en el arte; la América es la revolución moderna en el planeta; la Reforma es la revolución moderna en la conciencia; el tratado de Westfalia es la revolución moderna en el derecho internacional; y aquellos tres grandes levantamientos de Inglaterra, los Estados-Unidos y Francia son la revolución moderna en el derecho político; pues así como un solo Dios preside el Universo y una luz sola produce la vida, una idea preside á las sociedades humanas y esclarece y guía el progreso. Pero todas estas verdaderas y profundas transformaciones, á cuya totalidad llamamos progreso, como ventajosa consecuencia de lo pasado y ventajoso germen de lo porvenir, nunca se hubieran realizado sin holocaustos y sacrificios: la unidad del derecho y del mundo sin la inmolación de los patricios romanos; la victoria del Cristianismo sin los bárbaros y los mártires; el Pontificado, la unidad del espíritu moderno, sin las guerras contra las heregias; la distinción entre los poderes temporales y espirituales sin los conflictos entre Papas y Emperadores por las investiduras; el municipio sin las cruzadas y las ligas lombardas; el Renacimiento sin la caída de Constantinopla y la dispersión de los griegos; la Reforma sin las batallas religiosas y el alzamiento de los campesinos; la invención de América sin los conquistadores; las tres revoluciones, británica y americana y francesa sin los empeños bélicos ó el terror universal. Así es la vida humana.



CAPÍTULO SEGUNDO

Tránsito desde la primera á la segunda revolución francesa

UCHO se ha comentado esta fase del espíritu y esta metamorfosis del mundo, llamada revolución francesa, pero pocos, entre sus comentaristas, han caído en la cuenta de que faltaron á las generaciones aquellas, y á la sociedad por estas generaciones compuesta, lo mismo aptitud para la reforma que aptitud para la conservación. Al reformador no le cupo en la cabeza el método conducente á la mejora social, como no le cupo en la cabeza tampoco al conservador el método conducente á la resistencia y á la estabilidad. El uno requirió de su tiempo suma de bien, incompatible, por su infinidad, con el debido límite puesto por Dios á todo lo criado y con la contingencia irremediable de nuestra misérrima naturaleza; mientras el otro no tuvo la conformidad necesaria con lo inevitable, que le hubiera dado medio seguro de impedir lo inoportuno, lo excesivo, lo superfluo. Ignoraron los revolucionarios aquellos la parte dable para innovar bien, á la tradición, á la costumbre, á la vieja creencia, como si dijéramos, al tiempo y á la muerte; ignoraron los conservadores, para resistir bien, la parte dable al pensamiento, al progreso, como si dijéramos, á la vida y á sus renovaciones indispensables. Si á quien tiene sed le dais un río, ¿qué habrá de sucederle? Si al que necesita una fría reacción se la ofrecéis sin posibilidad alguna de volver al calor vital, ¿podrá vivir? Pusieron los unos tal cantidad de oxígeno en el aire, que mataba de puro fino; y regatearon los otros al aire tanto el oxígeno, que resultaba irrespirable. Los revolucionarios habían hecho un globo que podía subir y no volver; habían hecho un globo

los conservadores que no podía subir, ni volar. Sobre todo, lo que principalmente perdió á unos y á otros, fué la violencia. El innovador no sabía cuánto ganaban los reaccionarios y la reacción toda con sus motines; tampoco sabían los conservadores cuánto por su parte ganaban los revolucionarios y la revolución toda con sus amenazas, con sus desafíos, consus asociaciones del puñal, que llamaban otras asociaciones, como aquellas terribles de las picas. Un principio, tan vulgar y de sentido común como lo del mal menor, era despreciado por aquellas gentes, creyéndole á una impropio de toda fortaleza y reñido con toda moral. Libraba la Reina, en sus cálculos erróneos, al exceso del mal colectivo la surrección del bien; y á la misma receta libraban los innovadores el desarraigo de los males públicos. El revolucionario quería los Reyes déspotas, como el Rey quería los innovadores facciosos. Nada de transacción. Á la corte y al club les parecía la perversión de las perversiones el partido constitucional; á la corte, por demasiado progresivo, y al club, por demasiado realista. El término medio no se percibía en aquel combate mortal entre dos extremos que lo anulaban. Así, revolucionarios y realistas querían una plaga, siempre tan horrible, como la guerra. Queríanla los revolucionarios, exceptuando Robespierre, porque amenazada Francia de los Reyes, odiaríanlos de muerte, identificando su existencia con su revolución. Queríanla también á su vez los Reyes, porque sólo de las Monarquías armadas esperaban los cuitados la paz y la salud. Nunca los revolucionarios comprendieron cómo la guerra traía por fuerza el despotismo aparejado; nunca comprendieron los realistas cómo la guerra concluía con los Reyes, haciéndolos traidores á la patria, y, por ende, reos de lesa nación y condenables á pena capital. No se le ocurre al demonio del infierno lo que al girondino de Francia se le ocurrió: escoger un estado necesitadísimo de tiranía como el estado de guerra para fundar la justicia y establecer la libertad. En el régimen democrático se necesitan instituciones pacíficas uniendo con lazos jurídicos á los ciudadanos entre sí, para que todos gobiernen á todos, tras el gobierno de cada uno por sí mismo; en el régimen militar sólo se necesitan esclavos de la disciplina y de la ordenanza, que maten bajo el imperio de un general, erigido y destinado á imperar, so pena de muerte inmediata, en el silencio y en la obediencia universal. Cuarteles y no escuelas, reclutas y no ciudadanos, la disciplina militar y no los derechos individuales; en vez de los jurados del pueblo los tribunales del campamento; la consigna por toda prensa; el corneta de órdenes por todo ministro; un silencio sepulcral reemplazando al Parlamento, y á la discusión el combate; los recursos extremos de la violencia, para cuyo empleo se necesitan y se piden arriba y abajo séres violentos, muy heróicos, muy mártires, muy dignos de cuantas coronas les ha decretado la Historia y de cuantos privilegios la sociedad les concede, pues dan su vida por nosotros y profesan la religión del honor; pero incapacitados en el organismo connatural á su instinto de amaestrar los ciudadanos en los ejercicios del derecho y hacerlos aptos para la libertad. La violencia engendró la violencia. Y en tal es-

tado violento, atribución á las fuerzas individuales de una virtud y de un alcance que no pueden tener; sospechas y recelos hasta de las personas más probadas; esbirros, como sombras, acompañando á cada estadista, expedidos por sus adversarios; delaciones como en las cortes más crueles; una Inquisición revolucionaria como sucesora de la Inquisición tradicional; las sesiones de los clubs reducidas á perpetua delación; el delator denunciando á todos y la sospecha en permanencia ejerciendo su nefasto influjo; los partidos bandas facciosas, como sus jefes batalladores incansables; el frío de la calumnia en el alma precediendo al frío de la cuchilla en el cuello; la mitad de Francia víctima de tal estado y la otra mitad verdugo esperando al verdugo nuevo que viene detrás; todo ello por haber escogido para fundar el derecho eterno la guerra perdurable.

De nada demasiado. Dijo la poética horaciana. En todo sobriedad. Hasta en cosa tan divina como el arte, ha de saber el creador limitarse. La revolución francesa nunca supo llegar á su límite. Consumada la primera revolución, del ochenta y nueve al noventa y uno; escrito el código fundamental, fechado en este último año, como su verdadero símbolo; no supo aquí en este símbolo detenerse. Y como no supo, trajo una segunda revolución, la cual se perdió á sí misma, y perdió también los bienes y los principios de la primera. Una monarquía constitucional sustituyendo á la monarquía vieja y absoluta; una Cámara soberana y nueva en vez de los Parlamentos antiguos; la Bastilla en el suelo y la Nación en el trono; los hogares sagrados, en vez de las cartas reales contra los súbditos, expedidos allá donde al poder la placía; el pensamiento libre tras la Inquisición; el feudalismo desarraigado y sustituido por instituciones más progresivas; cerrados los calabozos y abiertos los comicios; la prensa libre y la reunión libérrima, sustituyendo á las tertulias y á los salones del antiguo régimen; eran bienes demasiado preciosos para perderlos por exagerarlos. Así necesitábase terminar la revolución, señalando á sus progresos un límite prudentísimo en la política como un término cercano en el tiempo. Cual si cae inundación sobre los campos, no puede maravillarse uno de que anegue ó estrague; y si estalla tempestad en los aires, que incendie ó mate; si la revolución dura y dura, no se puede uno extrañar del motín, de la violencia, del incendio, de la matanza y de los innumerables daños anejos á estas epilepsias sociales. El caso rarísimo estuvo en que los desates mayores de la revolución se originaron en violencias extremas de la corte. Los ideales extendidos no tomado esto de más antiguo, por el Renacimiento antiguo, por la Revolución religiosa, por la filosofía moderna, debían en una obra política de suyo condensarse, como se condensaron todas las ideas filosóficas antiguas en el derecho romano y todas las nuevas ideas cristianas en el romano catolicismo. Esto era inevitable. Y como era inevitable, se necesitaba que los poderosos, los de arriba, lo comprendiesen así para limitarlo primero en sus justos límites, y luego dirigirlo á la fecundación del bien universal. Providencialmente, al sonar la hora de convertir las ideas abstractas en bienes concretos, encontróse la monar-

quía francesa con un estadista providencial como Turgot, penetrado del salvador pensamiento, que servía sin sacudidas al progreso y conjuraba la revolución, diluida en el espíritu, con cierto y saludable conjuro, con la evolución y su método. Pero ¿quién reemplazó esta evolución, pacífica, graduada, lenta, legal, imitando á la Naturaleza en su mesura y en su orden sabios, con la reacción, generadora del demonio de las revoluciones, quién? La corte. Hubo un Calonne que le prometió el antiguo despilfarro, y lo prefirió al Turgot que le procuró la moderna economía. En el déficit y en el agotamiento de las aportaciones antiguas al regio tesoro, no hay responsabilidad alguna para la democracia, contenta entonces con que las reformas viniesen de arriba y sirvieran á todos. Por no renunciar á sus goces, por grangearse los antiguos beneficios, por juros y censos excesivos que percibir, por aumentar con sitios reales nuevos los extensos y numerosos antiguos; la corte prefirió un pródigo á un economista, y esta preferencia trajo el déficit, y este déficit la necesidad de pedir dinero á la Nación, y esta necesidad la convocatoria de los Estados Generales. ¿Qué parte de responsabilidad le toca en esto á la democracia y á los innovadores demócratas? Reunidos los Estados generales por convocatoria del Rey, había que convenir en cosa tan evidente como que no podían ser estos los Estados Generales de la centuria décima-quinta reunidos por Luis XII; ni los Estados Generales de la centuria décima-sexta reunidos por Enrique IV; ni los Estados Generales de la centuria décima-séptima reunidos por Luis XII, tenían que ser Estados correspondientes á la décima-octava centuria, tras todas las constelaciones de luminosas ideas extendidas por las ciencias filosóficas y la renovación religiosa y las revoluciones holandesa y británica en el humano espíritu. Cuando la monarquía los vió así, porque no podían ser de otra manera, pues á transformarlos había contribuido ella misma con sus reyes filósofos y con su expulsión de los reaccionarios jesuitas, quiso disolverlos, y los despidió, como si en vez de legisladores fuesen lacayos. Este proceder de irreconciliable intransigencia con la verdad social trajo una sesión como la del Trinquete y un juramento como aquel que constituyó la Nación y su necesaria soberanía. De haberle reconocido á los Estados Generales el carácter apropiado á su encargo y á su ministerio en aquel tiempo, no se levantarán á poder constituyente, contentándose con el poder legislativo. Despidiéronles, como si fueran cortesanos, los reyes; y los Estados Generales, invocando la soberanía del pueblo, pues los había elegido en gran parte, al verse maltrechos por los desdenes regios que los pusiera en la calle y les cerrara sus salones, se declaran verdaderos soberanos y prometen al cielo en juramento solemne y formal no disolverse sino después de haber dado una Constitución á Francia. Igual error de la Monarquía genera un movimiento revolucionario como el ataque á la Bastilla, cuya rendición señala y significa uno de los mayores progresos. A todos los diputados les extraña que la corte reúna innumerables fuerzas y á todos les acontece haber puesto las esperanzas suspensas por la despedida del ministro Turgot en la persona del

ministro Necker, cuyo consejo determinó la convocatoria y reunión de los Estados Generales. Pues la corte, despidiendo á Necker así como llamando tropas, provocó el movimiento, retó al pueblo. No menos ocasionado por causas iguales el traslado de la Realeza desde Versalles á París y su cautiverio en Tullerías. Aquel banquete imprudentísimo de los guardias reales, en que pisotearon la escarapela tricolor y prometieron restaurar el absolutismo, trajo el esfuerzo popular que trasladó el Rey para destruir las conspiraciones reaccionarias y separarlo de los conspiradores realistas. Todo el mundo conviene á una en que llegado el Rey á París en Octubre del ochenta y nueve, surgió una esperanza de carácter universal, prometiendo á todos los ánimos y á todos los espíritus, cada día más sosegados, una inquebrantable alianza entre la democracia y el trono. ¿Quién sopló aliento de muerte sobre tan fecunda esperanza, quién? Pues la monarquía y solamente la monarquía, recurriendo á un extremo tan infame como su fuga de Varennes.

En este período de la Historia, donde ahora entramos, acontece lo mismo. El partido constitucional obtiene su victoria última. Se nombra un ministerio, bajo el pensamiento y advocación de conspicua escritora, como la célebre madame Staël, quien, un tanto contaminada con la filosofía sentimental de Roussau, profesa tan sólo para las soluciones prácticas del gobierno las ideas parlamentarias de Montesquieu. En este ministerio desempeñaba el departamento de la Guerra un hombre, como Narbonne, á quien podían atribuírsele, cual á su protectora, ideas liberales, pero de quien ciertamente no podía dudarse respecto del culto monárquico, pues hasta se creía consanguíneo de la real familia; y el continuo accho de la corte al partido constitucional concluye por derribarlo para entregar el gobierno á sus adversarios, los republicanos girondinos. Hasta entonces el Rey tuviera un ministerio suyo siempre independiente del Congreso, y con este ministerio se mentía, en su carácter optimista irremediable, la ilusión de que reinaba solo cual en los tiempos del absolutismo. Pero, al despedir el postrero representante de la doctrina constitucional en el gobierno, abrióles él mismo á los republicanos las puertas del poder. Y entre los republicanos entraron aquellos menos temidos de la sociedad en general, y más temibles al trono, los extraños girondinos. A decir verdad nunca éstos al poder arribaran si la corte misma no disolviera con sus perfidias los únicos amigos posibles dentro de la revolución, el partido constitucional. Habló esta maldita corte; su genio de perdición, su alma condenada, la Reina, con Mirabeau, quien, político de previsiones cual orador de genio, con toda la inagotable afluencia de un provenzal, pero con toda la diestra diplomacia de un florentino, le ofreció salvarla, y con ella salvar á Francia. Pues á la Reina le faltó tiempo para decir, no que lo había convencido, para decir que lo había comprado. Se modera Barnave. Triste rival de Mirabeau, exaltándose cuando Mirabeau se moderaba, y moderándose cuando se exaltaba Mirabeau, pero en cuanto éste se muere, ya sin el acicate de la emulación ó de la envidia, toma su nivel natural y se convierte de republicano platónico en militante constitucio-